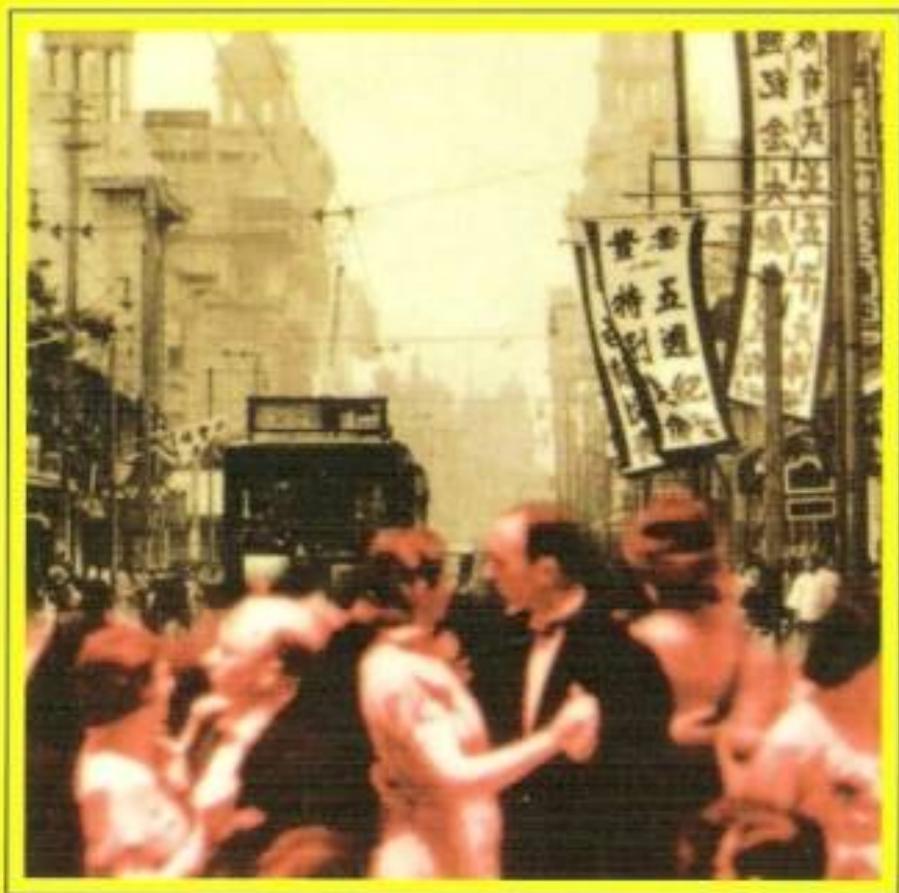


Kazuo Ishiguro

Cuando fuimos huérfanos



Inglaterra, años treinta. Christopher Banks se ha convertido en el más célebre detective de Londres. Pero hay un enigma que es incapaz de resolver y del que él mismo es protagonista: cuando era niño y vivía en Shangai con su familia, sus padres desaparecieron misteriosamente, acaso secuestrados por la mafia china por un asunto relacionado con el tráfico de opio.

Él, que creció como un huérfano, tiene recuerdos vagos y contradictorios de lo que realmente sucedió. Pero la ausencia de sus padres, de los que ni siquiera sabe con seguridad si están vivos o muertos, le atormenta. Y por eso decide que ha llegado el momento de enfrentarse al caso de su vida y viaja desde una Europa convulsa en la que emerge el fascismo y se avecina la guerra a un Shangai convertido en polvorín en el que se enfrentan los chinos comunistas y el ejército japonés invasor. En esta ciudad cosmopolita y caótica Christopher Banks, en busca de las claves de su pasado, se verá inmerso en una pesadilla kafkiana...

Cuando fuimos huérfanos se presta a diferentes lecturas. Más allá de la trama detectivesca, de los temas históricos de la corrupción y las guerras en las colonias, se puede leer como un cuento de hadas freudiano... Una novela rica y clara, pese a su complejidad.

Para Lorna y Naomi

Primera parte

Londres, 24 de julio de 1930

1

Era el verano de 1923, el verano en que dejé Cambridge, cuando pese a los deseos de mi tía de que volviese a Shropshire decidí que mi futuro estaba en la capital y alquilé un pequeño apartamento en el número 14b de Bedford Gardens, en Kensington. Recuerdo ahora aquel verano como el más maravilloso de todos los veranos. Después de años de sentirme eternamente rodeado de compañeros, tanto en el colegio como en Cambridge, me producía un gran placer disfrutar de mi propia compañía. Me gustaban los parques de Londres, la quietud de la Sala de Lectura del Museo Británico. Disfrutaba de tardes enteras paseando por la calles de Kensington, haciendo planes para el futuro, deteniéndome de cuando en cuando para admirar cómo aquí, en Inglaterra, hasta en mitad de una gran ciudad como Londres, es posible encontrar enredaderas y hiedra tapizando las fachadas de las mansiones.

Fue en uno de estos lentos paseos cuando por azar me encontré con James Osbourne, un antiguo compañero del colegio, y al descubrir que era vecino mío le sugerí que pasara a visitarme la próxima vez que estuviera por allí. Aunque hasta ese momento, desde mi mudanza a Londres, no había recibido visita alguna, le hice el ofrecimiento muy seguro de mí mismo, ya que había elegido el apartamento con sumo esmero. El alquiler no era elevado, pero mi patrona había amueblado la casa con un gusto que evocaba un pasado victoriano apacible y sin prisas. El salón, muy soleado en la primera mitad del día, estaba amueblado con un sofá anticuado y dos cómodos sillones, un aparador antiguo y una librería de roble llena de ajadas enciclopedias

(todas las cuales, estaba convencido, obtendrían la aprobación de cualquier visita). Además, casi en cuanto arrendé estas piezas fui hasta Knightsbridge y adquirí un juego de té Queen Anne, varios paquetes de diversos y buenos tés y una gran caja de galletas. Así, cuando días después Osbourne se presentó una mañana, pude invitarle a un refrigerio con una seguridad en mí mismo que jamás le habría permitido sospechar que se trataba del primer invitado que recibía en mi nueva casa.

Durante los primeros quince minutos Osbourne, inquieto, no paraba de moverse por la sala, alabando las cosas que veía y examinando esto y aquello, sin dejar de mirar por la ventana de tanto en tanto para comentar vehementemente lo que veía en la calle. Al cabo se dejó caer en el sofá, y pudimos intercambiar noticias sobre nosotros y nuestros antiguos compañeros de colegio. Recuerdo que pasamos un rato discutiendo las actividades de los sindicatos obreros, antes de embarcarnos en un largo y placentero debate sobre la filosofía alemana, lo que nos permitió desplegar mutuamente las destrezas intelectuales que ambos habíamos adquirido en nuestras respectivas facultades. Luego Osbourne se levantó y volvió a pasearse por la sala, y mientras lo hacía fue enumerando sus diversos planes para el futuro.

—Tengo pensado meterme en el negocio editorial, ¿sabes? Periódicos, revistas, ese tipo de cosas. De hecho, me encantaría escribir una columna. Sobre política, sobre grandes temas sociales. Es decir, siempre que no decida dedicarme yo mismo a la política. Y déjame preguntarte, Banks: ¿no has decidido aún a qué dedicarte? Mira, todo está ahí fuera, esperándonos. Me señaló la ventana. Seguro que tienes algún plan.

—Supongo que sí —dije, sonriendo. Tengo una o dos cosas en la cabeza. Te las comunicaré a su debido tiempo.

—¿Qué guardas en la manga? ¡Venga, suéltalo ya! ¡Voy a sacártelo en menos que canta un gallo!

Pero no le dije nada en absoluto, y no había pasado mucho rato cuando lo tuve de nuevo discutiendo de filosofía o poesía o cualquier otra disciplina. Luego, alrededor del mediodía, Osbourne recordó de pronto un almuerzo ineludible en Piccadilly y se puso a recoger sus cosas para marcharse. Estaba ya en la puerta, de espaldas, cuando se dio la vuelta y me dijo:

—Escucha, viejo amigo. Quiero decirte algo. Esta noche voy a una fiesta. En honor de Leonard Evershott. El magnate, ya sabes. La da un tío mío. Te lo digo sin ninguna antelación, ya sé, pero me pregunto si te apetecería venir. Lo digo en serio. Llevo bastante tiempo queriendo buscarte, pero no me había surgido la ocasión. Es en el Charingworth.

Al ver que no respondía de inmediato, dio unos pasos hacia mí y añadió:

—Pensé en ti porque estuve recordando. Y recordé que tú solías pincharme con lo de que estaba «bien relacionado». ¡Oh, vamos! ¡No hagas como si no te acordaras! Solías interrogarme sin piedad. ¿Bien relacionado? ¿Qué diablos quiere decir eso: «bien relacionado»? Bien, me he dicho, ésta es una buena ocasión para que el bueno de Banks pueda ver por sí mismo qué es eso de... estar «bien relacionado». —Sacudió la cabeza, como recordando, y añadió: — ¡Dios santo, hay que ver lo bicho raro que eras en el colegio!

Creo que fue en este punto cuando finalmente acepté la invitación a aquella velada —que, como luego explicaré, habría de ser más importante de lo que yo jamás hubiera imaginado en aquel momento—, y le acompañé hasta la puerta sin dejar que pudiera leer en mi semblante el resentimiento que habían suscitado en mí sus últimas palabras.

Tal resentimiento no hizo más que acrecentarse en cuanto volví a sentarme. Había adivinado casi de inmediato a qué se había referido Osbourne. El hecho era que, en tiempos del colegio, yo había oído multitud de veces que Osbourne estaba «bien relacionado». Era una frase que inde-

fectiblemente salía a relucir cuando se hablaba de él entre nosotros, y sospecho que también yo la utilizaba cuando se hablaba de su persona. Era, en efecto, algo que me fascinaba. La idea de que, de algún modo misterioso, y por mucho que no se comportara de modo diferente al resto de nosotros, se hallaba «conectado» con algunos de los más altos círculos mundanos. Sin embargo, no me puedo imaginar «interrogándole sin piedad», como él había afirmado instantes antes. Es cierto que era algo en lo que yo pensaba a menudo cuando tenía catorce o quince años, pero Osbourne y yo no habíamos sido amigos íntimos en el colegio, y, según podía recordar, sólo había empleado la expresión de marras en una ocasión.

Fue una mañana neblinosa de otoño. Los dos estábamos sentados en un pretil, a la entrada de un hostel de la campiña. Creo recordar que por entonces estábamos acabando la secundaria. Nos habían nombrado «señalizadores» en una carrera a campo traviesa, y estábamos esperando a que los corredores emergieran de la niebla en un campo cercano para mostrarles la dirección que debían tomar —una embarrada senda. No esperábamos a los corredores tan pronto, así que nos habíamos puesto a charlar para pasar el rato, y fue entonces —tengo la certeza— cuando le pregunté a Osbourne sobre sus «buenas relaciones». Osbourne, que pese a su carácter expansivo era de natural modesto, trató de cambiar de tema. Pero yo insistí hasta que dijo:

—Oh, déjalo, Banks. No son más que tonterías; no hay nada que hablar sobre el asunto. Uno conoce a gente, eso es todo. Uno tiene padres, tíos, amigos de la familia. No sé lo que puede parecerte tan interesante al respecto. —Acto seguido, cayendo en la cuenta de lo que acababa de decir, se volvió y me tocó el brazo—: Lo siento muchísimo, amigo mío. Ha sido una horrible falta de tacto por mi parte.

Aquel *faux pas* pareció causar en Osbourne un embarazo mucho mayor que el mío. Ciertamente no era imposible

que aquello hubiera permanecido en su conciencia a lo largo de los años, y que al pedirme que lo acompañara al Charingworth Club aquella noche no hiciera más que intentar una suerte de tardío desagravio. En cualquier caso, su comentario indelicado aquella neblinosa mañana del pasado no me había molestado en absoluto. Lo que siempre me causaba cierta irritación, en realidad, era que mis compañeros del colegio, pese a su proclividad a reírse y a hacer bromas acerca de prácticamente todo lo relativo a las desgracias que a uno pudieran sucederle, mostraran tal solemne gravedad en cuanto oían mencionar la inexistencia de mis padres. De hecho, y por extraño que pueda parecer, el hecho de no tener padres —ni ningún tipo de familiares cercanos en Inglaterra, salvo una tía en Shropshire— hacía tiempo que había dejado de suponerme un grave inconveniente. Como a menudo les recordaba a mis compañeros, en un internado como aquél todos habíamos aprendido a prescindir de nuestros padres, por lo que mi situación no era tan singular como podría suponerse. Sin embargo, cuando ahora vuelvo la vista atrás, se me antoja probable que al menos parte de mi fascinación por las «buenas relaciones» de Osbourne tuviera que ver con lo que yo entonces percibía como mi absoluta falta de «contactos» con el mundo allende St Dunstan. Que, llegado el momento, yo llegaría a forjarme tales contactos y abrirme camino en la vida era algo sobre lo que no me cabía la menor duda. Aunque es posible que creyera que podía aprender de Osbourne algo crucial al respecto, algo sobre el modo en que funcionaban esas cosas.

Pero cuando antes he dicho que las palabras de Osbourne al dejar mi apartamento me habían ofendido no me refería a su mención del «interrogatorio» al que supuestamente le había sometido en aquel tiempo. Lo que me había parecido ofensivo era más bien el juicio que había hecho de pasada sobre «lo bicho raro que yo había sido en el colegio».

Lo cierto es que siempre ha constituido un enigma para mí el que Osbourne dijera tal cosa de mí aquella mañana, pues mi memoria sobre el particular me decía que había llegado a amoldarme perfectamente a la vida escolar inglesa. Durante las primeras semanas de mi estancia en St Dunstan, no creo que hiciera nada que me causara a mí mismo embarazo alguno. En mi primer día, por ejemplo, me recuerdo remedando cierta afectación en los gestos que muchos de mis compañeros adoptaban cuando estaban de pie charlando: cómo se metían la mano derecha en el bolsillo del chaleco, por ejemplo, mientras movían arriba y abajo el hombro izquierdo a modo de encogimiento destinado a subrayar determinados comentarios. Recuerdo con nitidez haber conseguido reproducir tales gestos el primer día mismo, y con la suficiente pericia como para que ninguno de mis condiscípulos notara nada extraño o se le ocurriera hacerme burla.

Con idéntico osado espíritu «absorbí» asimismo el resto de los gestos de mis pares, sus giros verbales y las exclamaciones habituales entre ellos, al tiempo que iba incorporando a mi acervo personal algo más hondo: las convenciones y «etiquetas» en vigor en mi nuevo entorno. Y, ciertamente, pronto caí en la cuenta de que no me convenía permitirme —como había venido haciendo en Shanghai de forma rutinaria— la expresión abierta de mis ideas sobre el delito y su detección. Hasta el punto de que, cuando durante mi tercer año en St Dunstan se produjeron una serie de robos y el colegio entero se entregó con fruición al juego de su esclarecimiento, yo contuve escrupulosamente mis deseos de sumarme —salvo quizás de un modo estrictamente nominal— a la entusiasta empresa. Y habría de ser sin duda cierto remanente de aquella misma estrategia lo que hizo que no le confiara prácticamente ninguno de mis «planes» a Osbourne la mañana en que vino a visitarme a mi apartamento.

Sin embargo, pese a todas mis cautelas, de mis días escolares puedo recordar al menos dos ocasiones que sugieren que —siquiera ocasionalmente, como digo— debí de bajar la guardia lo bastante como para dar cierta idea de mis ambiciones. En su día fui incapaz de explicarme el por qué de tales incidentes, y ni siquiera en la actualidad me siento capaz de aventurar una respuesta medianamente coherente.

El primero de ellos tuvo lugar con ocasión de mi decimocuarto cumpleaños. Mis dos mejores amigos de aquel tiempo, Robert Thornton-Browne y Russell Stanton, me habían llevado a un salón de té de la localidad, donde habíamos estado dando cumplida cuenta de unos bollitos y unos pastelillos de nata. Era una lluviosa tarde de sábado, y todas las demás mesas estaban ocupadas, y cada pocos minutos entraban nuevos clientes empapados que, deseosos de encontrar una mesa libre, miraban a su alrededor y nos dirigían desaprobadoras miradas para que abandonáramos nuestra mesa sin dilación alguna. Pero la señora Jordan, la propietaria, se había mostrado siempre acogedora con nosotros, y aquella tarde de mi cumpleaños mis amigos y yo nos sentíamos con todo el derecho del mundo a seguir en la mesa que habíamos elegido junto a la ventana salediza, desde donde disfrutábamos de una magnífica vista de la plaza del pueblo. No recuerdo gran cosa del contenido de nuestra charla, pero sí de que, una vez hubimos terminado la merienda, mis dos amigos se miraron y Thornton-Browne se agachó y hurgó en su cartera de colegial y me tendió un paquete con envoltorio de regalo.

Cuando empecé a abrirlo me di cuenta de que el regalo iba envuelto en una serie de hojas de papel, y de que mis amigos reían ruidosamente cada vez que yo quitaba una de ellas y me encontraba con la siguiente. Todo indicaba, al parecer, que al final iba a encontrarme con algún artículo de broma. Pero lo que acabé por descubrir fue un ajado es-

tuche de cuero, y cuando abrí el diminuto cierre y levanté la tapa vi que se trataba de una lupa.

La tengo ahora aquí mismo, ante mis ojos. Su apariencia ha cambiado poco con el transcurso de los años, pero en aquella tarde lejana ya era un objeto muy usado. Recuerdo que comenté este detalle, y también el hecho de que era una lupa muy sólida, y sorprendentemente pesada, y que su mango de marfil estaba todo astillado por uno de los lados. Lo que en aquel momento no pude saber —se necesitaba otra lupa para leer la inscripción— fue que había sido fabricada en Zurich en 1887.

Mi primera reacción ante el presente fue de un enorme entusiasmo. La levanté de inmediato y la pasé en un barrido sobre las hojas del envoltorio amontonadas sobre la mesa (me temo que mi entusiasmo hizo que cayeran al suelo algunas de ellas), poniéndome a examinar unas pequeñas manchas de mantequilla que detecté en el mantel. Me ensimismé tanto en mi observación que apenas fui consciente de las exageradas risas de mi compañeros, que celebraban de ese modo la broma que me estaban gastando. Cuando levanté la vista, cohibido al fin ante tal despliegue jocoso, ellos empezaban a sumirse en un silencio vago. Y fue entonces cuando Thornton-Browne soltó una débil risita y dijo:

—Hemos pensado que, como vas a ser detective, necesitarás una de estas lupas.

Entonces recobré al punto el ingenio e hice como si lo hubiera tomado todo como una broma enormemente divertida. Pero para entonces, sospecho, mis dos amigos se sentían un tanto confundidos respecto de sus intenciones al regalármela, y durante el resto de la tarde en aquel salón de té no volvimos a recuperar por completo nuestro distendido talante de antes.

Como digo, tengo la lupa ante mis ojos. La utilicé cuando investigué el caso Mannering; volví a utilizarla muy recientemente, en el caso de Trevor Richardson. Una lupa tal

vez no sea el elemento principal del equipo de un detective en la mitología popular, pero sigue siendo una herramienta útil para el acopio de cierto tipo de pruebas, e imagino que seguiré llevando conmigo durante cierto tiempo aquel regalo de cumpleaños de Robert Thornton-Browne y Russell Stanton. Al observarla ahora, se me ocurre lo siguiente: si la intención de mis compañeros era tomarme el pelo, pues bien, hoy han resultado ellos en gran medida los embromados. Pero, infelizmente, hoy no tengo forma de saber lo que ellos tenían en mente aquel día, ni de averiguar cómo, pese a todas mis precauciones, pudieron llegar a barruntar mi ambición más secreta. Stanton, que mintió sobre su edad para poder alistarse como voluntario, murió en la tercera batalla de Ypres. Thornton-Browne, he oído, murió de tuberculosis hace dos años. En cualquier caso, ambos dejaron St Dunstan el penúltimo año de secundaria, y cuando me llegó la noticia de su muerte hacía mucho tiempo que había perdido el contacto con ellos. Aún recuerdo, sin embargo, la decepción que sentí cuando Thornton-Browne dejó el colegio: había sido el único amigo verdadero que había tenido desde mi llegada a Inglaterra, y lo eché mucho de menos en el último período de mi estancia en St Dunstan.

El siguiente incidente tuvo lugar unos años después — en el primero de los cursos preuniversitarios—, pero mi recuerdo de él no es tan nítido y detallado como el del anterior. De hecho, no logro recontar lo que sucedió antes y después de tal instante concreto. Lo que conservo es el recuerdo de estar entrando en una clase —el aula 15 del Old Priory—, donde el sol entraba a ráfagas a través de las estrechas ventanas claustrales y hacía visible el polvo suspendido e inmóvil en el aire. El profesor aún no había llegado, pero también yo debía de llegar un poco tarde porque recuerdo que mis compañeros estaban ya sentados en grupos en pupitres, bancos y antepechos de ventanas. Estaba a punto de unirme a uno de los grupos de cinco o seis

alumnos cuando sus caras se volvieron hacia mí y comprendí enseguida que estaban hablando de mi persona. Luego, antes de que pudiera decir nada, uno de ellos, Robert Brenthurst, me apuntó con el dedo y dijo:

—Pero seguramente es demasiado bajo para ser Sherlock.

Rieron unos cuantos, aunque no de forma particularmente hostil, y eso —según puedo recordar— fue todo. Jamás volvería a oír ninguna otra charla que tuviera que ver con mi aspiración a convertirme en «Sherlock», pero a partir de entonces, y durante cierto tiempo, habría de sentir cierta inquietud quejumbrosa ante el hecho de que mi secreto hubiera salido a la luz y se hubiera convertido en tema de conversación a mis espaldas.

He de hacer constar, asimismo, que la necesidad de cautela en relación con mis ambiciones había aflorado en mí mucho antes de mi llegada a St Dunstan. Durante mis primeras semanas en Inglaterra había pasado mucho tiempo vagando por el ejido cercano a la casita de campo de mi tía en Shropshire, oficiando entre los húmedos helechos las diversas tramas que Akira y yo habíamos urdido juntos en Shanghai. Claro que, como estaba solo, me veía obligado a interpretar también sus papeles; además, consciente de que podía ser visto desde la casa de mi tía, había dado en escenificar tales tramas con parcos y cuidados movimientos, mientras susurraba el guión para mis adentros, en marcado contraste con el modo desinhibido con que Akira y yo solíamos desenvolvemos en nuestras pesquisas.

Mis precauciones, sin embargo, no habían obtenido el éxito buscado. Una mañana, estando en el pequeño cuarto del ático en que me había instalado a mi llegada, entreoí que mi tía hablaba con unos amigos abajo, en el salón. Fue la repentina bajada del tono de su voz lo que primero suscitó mi curiosidad, por lo que al poco me vi saliendo con sigilo al descansillo e inclinándome sobre la barandilla.

—Ha estado fuera varias horas —le oí decir. No es sano, un chico de su edad metido de ese modo en su propio mundo. Tiene que empezar a mirar hacia adelante.

—Pero era algo previsible, seguramente —respondió alguien. Después de todo lo que le ha pasado.

—No gana nada rumiando de ese modo —dijo mi tía. Sus padres le han dejado en una situación desahogada, y en ese sentido ha tenido mucha suerte. Es hora de que mire hacia adelante. Me refiero a que debe dejar ya toda esa introspección.

Desde aquel día dejé de ir al ejido, y en general intenté evitar cualquier ulterior exhibición de «introspección». Pero era aún demasiado niño, y por las noches, acostado en aquel cuarto del ático, mientras escuchaba el crujido del piso de madera cuando mi tía se movía por la casa dando cuerda a los relojes y cuidando de sus gatos, volvía a representar en mi imaginación todas las tramas detectivescas del pasado tal como Akira y yo las habíamos escenificado siempre.

Pero volvamos a aquel día de verano en que Osbourne vino a verme a mi apartamento de Kensington. No quiero dar la impresión de que su comentario sobre «lo bicho raro» que había sido en el colegio me hubiera preocupado más de unos pocos segundos. De hecho salí de casa poco después de Osbourne, de bastante buen talante, y pronto me vi en St James's Park paseando entre los floridos paterres, cada vez más animado ante la idea de la fiesta de aquella noche.

Al volver a pensar en aquella tarde, pienso que lo más natural del mundo habría sido estar un poco nervioso, y que es muy propio de la alocada arrogancia de que solía hacer gala en mis primeros años londinenses que no lo estuviera en absoluto. Era consciente, por supuesto, de que aquella noche se desarrollaría en un nivel totalmente distinto de cualquiera de los que había conocido en la universidad; de que podría encontrarme, además, con detalles de